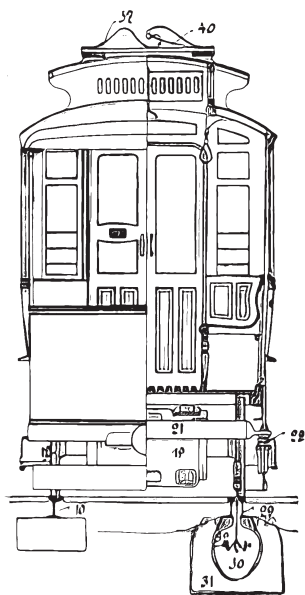


© 2013 Pearson Education, Inc. or its affiliate(s). All rights reserved. This publication is protected by copyright. Permission is granted to reproduce this document for personal or internal use, not for redistribution.

© 2013 Pearson Education, Inc. or its affiliate(s). All rights reserved. This publication is protected by copyright. Permission is granted to reproduce this document for personal or internal use, not for redistribution.



colección miradas





Roberto Arlt

Viajero de cercanías

80 aguafuertes
años después

Prólogo y compilación
Margarita Pierini



colección miradas



ÍNDICE

Prólogo

Otras aguafuertes. Apuntes de lectura, <i>por</i> Margarita Pierini	11
Su majestad el quinielero	35
Ya no se plagian versos: se plagian recetas de cocina	39
Llegó el dulce de leche	43
Vigilantes y ladrones	47
Apología del pescador de caña	51
Poeta de parroquia	55
El amor en el subterráneo	59
El club de los “cachadores”	63
El automovilista incipiente	67
El jefe de estación	71
El ajedrecista	75
El deporte de la delincuencia	79
Elogio de mi viejo librero	83
Mujeres que leen en el tranvía	87
Tren de las 4 y 30	91
La mala resignación de los pobres	95
Mujeres desaparecidas	99
Piratería literaria	103
Arte de escribir anónimos	107
Música rusa	110
Sueño en la comisaría	114

El que odia Buenos Aires	117
El voto de la mujer	121
El libro invendible	125
Lo que vi desde el "Ring side"	129
Peregrinos a Luján.	132
Hace cuarenta y siete años.....	135
En torno a un libro terrible	139
La lluvia y los empleados	142
Navidad en el estuario	146
Diálogo escalofriante	150
La paz de San Justo	153
Se continúa con la paz de San Justo.	157
Consejo de guerra femenino	161
Los estrategas de café	165
¿Me quiere prestar su perro?	169
"Me espera un minuto, ¿quiere?"	172
Perniciosos efectos de la "Barra".	176
El pesto y la cirugía estética	180
La chica que estudia derecho	184
El hombre que lee su sainete	187
Elogio del laburo	190
Judas está en capilla	193
"Ahora hago vida digna y honesta".	196
Diccionario boxístico	200
Desocupado ante la ventana	204
¡Pibes... óiganme...!	207
Ganas de no trabajar	210
Mangas, afanos y otras yerbas	214
"Cuando se jubile Juancito"	217
Iglesia de indios	220
Burrolandia, capital del escolazo	223
Llover sobre mojado	227
El alegre secuestrado	230

No diga que me vio en el hipódromo.	234
Mi pueblo, a media noche	237
Astronomía a Cero Veinte.	240
He visto robar...	243
La sordidez del suburbio	246
El cementerio de los automóviles	249
Comiendo con los ojos	252
El canal de San Fernando	255
El Cristo del ataúd	259
“Las resignadas”	262
Los “plomos” de Venecia	265
Hacia Luján, si ustedes gustan....	269
Día de semana en Luján	273
El museo colonial de Luján	276
El emperador en el museo de Luján	279
Tipos hábiles... pero sin trabajo	282
Anteanoche en la Gran Bretaña	285
La madriguera tranquila	288
El hombre que nunca fue al Congreso.	291
El nieto del constructor	294
El cementerio de los kioscos	297
El hombre de la terraza	300
“...¡Y esta noche seré rico!”	303
El veraneante desesperado.	306
El berretín de los cactus.	310
Elogio del cactus	314



Prólogo

Otras aguafuertes. Apuntes de lectura

A Jorge Lafforgue

La producción periodística de Roberto Arlt, recopilada desde hace varias décadas a partir de la investigación y la edición de quienes estudiaron su obra, parece estar abierta al encuentro de nuevos textos que nos acercan a la renovada creación de imágenes, escenas y figuras del universo de este autor que, con su *prepotencia de trabajo*, supo plasmar el retrato de una época que descubrimos muy cercana a la nuestra. Las nuevas lecturas confirman, ochenta años después de su muerte, lo que valoraban sus compañeros de la redacción de *El Mundo*: la riqueza de su imaginación y su pasión por la literatura.

En nuestra lectura de hoy, tramada sobre los años transcurridos, sobre otras lecturas y sobre nuestras propias experiencias, nos encontramos con personajes, escenarios, referencias, que asociamos con momentos de una historia compartida. Así, en el capítulo que aportó Juan Carlos Onetti para la *Nueva Novela Latinoamericana* (1972) compilada por Jorge Lafforgue (por cierto, después de largas demoras de esas que desesperan a todo editor), Onetti narra el día en que su amigo Ítalo Constantini -Kostia- lo llevó a la redacción de *El Mundo* para leerle a Arlt la novela que acababa de concluir (*Tiempo de abrazar*, una novela “genial”, ironiza el escritor uruguayo, desde la distancia de los años): “Supe que Kostia era viejo amigo de Arlt, que había

crecido con él en Flores, un barrio bonaerense, que probablemente haya participado con él en las aventuras primeras de *El juguete rabioso*¹.

Tal vez en los diálogos entre los dos amigos se hayan deslizado las anécdotas juveniles que le permitieron inferir esa participación en la banda que asaltaba bibliotecas bajo el comando de Silvio Astier. Los lectores de estas aguafuertes nos encontramos a Kostia –presentado formalmente como “Ítalo Constantini, estudiante de ingeniero agrónomo”–, en “El Club de los ‘cachadores’” creado “en la parroquia de San José de Flores [por] varios escolares, que son al mismo tiempo –acota Arlt– excelentes rapaces” y que desarrollan una campaña *moral* contra los innumerables macaneadores, engrupidos y falsos ilustrados que pueblan los cafés de ese barrio –y de otros–.

En el grupo de amigos de Arlt nos encontraremos también con un personaje que hará historia, muchos años más tarde: “El otro día, conversando con mi amigo Miguel Paulino Tato, que es automovilista incipiente...” (y expone las quejas del personaje, víctima, según él, del *odium plebis* de los peatones a punto de ser atropellados). Tato, que bajo el seudónimo Néstor ofrece agudas y críticas reseñas cinematográficas en *El Mundo*, será famoso, bajo las dictaduras de los años 60 y 70 –y también ¡ay! durante el gobierno democrático de Isabel–, en su función de censor desde el Ente de Calificación Cinematográfica.

Y el lector porteño puede sorprenderse también al descubrir que la calle Warnes era ya, en los años 30, el lugar adonde se conseguían las piezas inencontrables requeridas por automovilistas y mecánicos.

Estos y otros encuentros se nos presentan en las columnas que, a veces cotidianamente, a veces con días o se-

¹ Onetti (1972: 368).

manas de diferencia, publica Arlt en *El Mundo*, el diario que fue “su casa”, bajo la dirección de Muzzio Sáenz Peña, una figura a la que el periodista convierte en interlocutor, asesor, consejero y censor, en un diálogo que se suma al que mantiene con sus lectores. Recorriendo estas aguafuertes, habitadas por múltiples personajes de la vida cotidiana, se nos ocurre pensar en algunas de las pinturas de Antonio Seguí, pobladas por coloridos hombrecitos en perpetuo movimiento. También, en este imaginario visual, se nos aparecen los colores vibrantes del puerto de Quinquela, en ese espacio que es uno de los paisajes recurrentes de Arlt: las fronteras de la ciudad donde lo urbano da lugar para la evasión, para la exploración de mundos nuevos, poblados por gentes de trabajo –muchas veces sin trabajo–.

Y es que los años que abarcan estas aguafuertes (1928-1935) están marcados por la crisis del 30, que se desencadena en los países centrales, con las consecuencias conocidas para los países dependientes. En la Argentina, el regreso de Yrigoyen a la presidencia será anhelado por muchos como una esperanza de volver a mejores tiempos –pronto defraudada ante los problemas económicos de la situación nacional y mundial–. Arlt, por cierto, se muestra escéptico desde el comienzo frente al “Mesías” esperado, ironizando sobre las prácticas de comité donde se prometen cargos a los infinitos “amigos del doctor” (“Llegó el dulce de leche”). El golpe del 30, que dará por tierra con esas esperanzas –inaugurando la larga serie de dictaduras del siglo XX en nuestro país– será tema de varias aguafuertes² hasta que una *sugerencia* del director oriente al periodista hacia asuntos prudentemente desvinculados de la política.

Como periodista atento al acontecer cotidiano, Arlt recoge las noticias que las páginas informativas del diario

² Estas notas han sido recopiladas por Sylvia Saítta en *Aguafuertes porteñas: cultura y política*.

desarrollan a partir de los cables y corresponsales locales. En estos años su atención se vuelca a las noticias nacionales; su primera incursión internacional, prevista como un largo viaje por América Latina, se limitará a unas pocas semanas en Río de Janeiro, en abril de 1930. Es a partir de su viaje a España, en 1935, cuando su mirada y los temas de su escritura van a abrirse al ámbito internacional, por cierto, proveedor de noticias que conmueven al mundo: el golpe contra la República Española, la Guerra Civil, el ascenso del nazismo, la Segunda Guerra Mundial³. Hasta entonces, los lectores de *El Mundo* se asomarán excepcionalmente a los conflictos internacionales desde una tranquila mesa de café, dictaminando las estrategias que deberían seguir las fuerzas en pugna en el conflicto entre China y Japón (1932) (“Los estrategias de café”).

El mundo de Roberto Arlt

Aguafuertes porteñas es el título de la columna que durante casi 15 años los lectores de *El Mundo* buscaban en primer lugar en sus páginas. En los años 1928-1935, siguiendo los periplos del cronista, algunas veces se reemplazó por “Agua-fuertes fluviales”, o “Viñetas santiagueñas”.

Pero el título inicial, retomado en varias de las sucesivas recopilaciones, es el que determina su lugar en el mundo: Arlt es un porteño de ley —una suerte de compadrito, lo califica Onetti—. Un hombre de Buenos Aires, donde nació en ese barrio de Flores muchas veces incorporado a sus crónicas, y que en su vida profesional hará del centro su lugar de residencia por elección, en esos “cuartos para hombre solo” que habitan empleados, pequeños comerciantes, periodistas, bajo la mirada vigilante de esos cancerberos que son, fieles a la tradición costumbrista, las dueñas de pensión. El café, la

³ En *Al margen del cable* y en *El paisaje en las nubes* pueden leerse estas crónicas, recopiladas por Rose Corral.

redacción, las calles, los negocios de diversos rubros, son los espacios donde su oído atento recoge el pulso de la ciudad, la sensibilidad de sus habitantes, el imaginario de la época.

Arlt afirma una y otra vez su adn de hombre de ciudad, con hábitos que se apartan meticulosa y devotamente de los preceptos de la vida sana –madrugar, hacer ejercicio, respirar aire puro–:

Hacía mucho tiempo que tenía intenciones de madrugar. Desde el mes de octubre del año 1931 [...]. A principios de febrero volví a recordar mi arduo propósito de levantarme temprano, de madrugar concienzudamente y, por fin, pude encontrar fuerzas en mí para levantarme ayer a las nueve de la mañana.

Así comienza “La paz de San Justo” (1932), cuando inicia su excursión a lo que era un pueblo semirrural en el partido de La Matanza, cuyas bellezas describe con matices idílicos. Es la misma idealización con la que traza sus impresiones sobre “los pueblos de los alrededores” –Morón, Banfield, San Isidro...–, al confrontarlos con la vida agitada de la gran ciudad, con sus cafés llenos de humo y las calles pobladas de riesgosos automóviles. Pero no es aquel su lugar en el mundo; él se siente allí como un forastero:

Yo he atorranteado una mañana en San Justo. Di vuelta por las calles empedradas y asfaltadas, he sido forastero en ese casi barrio de Buenos Aires que, a pesar de encontrarse a veinticinco minutos de colectivo de Caballito, nos hace pensar que Buenos Aires está inmensamente distante (“Se continúa con la paz de San Justo”, 1932).

Viajero de cercanías

En esta selección no se incluyen las crónicas de sus viajes fuera del país (a Uruguay, Brasil, España, norte de África,

Chile) cuyos textos han sido recopilados anteriormente por otros investigadores y editores⁴. Aquí podremos leer sus desplazamientos por lugares más cercanos, adonde se dirige a veces con sus colegas en disfrute de ocio, o más lejos, enviado por el diario (al Noreste, a Santiago del Estero). Entre los paseos, un lugar que elige con frecuencia es Luján, un pueblo digno de ser representado una y otra vez (“Peregrinos a Luján”, “El museo colonial de Luján”, “Judas está en capilla”, son algunas de sus crónicas). Más allá de las atracciones del lugar –que lo llevan a recomendar: “Todos los niños... y también los grandes, debían visitar alguna vez el Museo Colonial de Luján”– lo atraen sus habitantes, el mundo de ese comercio de devoción y picaresca, las caravanas que se dirigen al santuario en festiva peregrinación. El ojo de Arlt, poco afecto a describir sitios pintorescos, se detiene y se complace en representar paisajes humanos.

Este porteño por nacimiento, vocación y cotidiana reafirmación observa como un extranjero en su patria los pueblos del noreste, donde la recién estrenada fascinación por el cine, augura, va a revolucionar sensibilidades y conductas. O, en un breve viaje de 1932 a Santiago del Estero, enviado junto con otros colegas de *El Mundo*, observa y compara con lo conocido el mundo colonial, indígena, que se le revela en las imágenes de Cristos dramáticos y terribles, tan distantes de aquellas dulzonas y prolijas que se ven en las iglesias de Buenos Aires: “No estamos aquí en presencia del Cristo elegante y artístico que se descubre en todos los templos modernos, con la cabeza estéticamente caída sobre los hombros y el pecho recuadrado, como el de un discípulo de la Christian Asociación. No.” (“Iglesia de indios”).

No es frecuente en Arlt abordar temas religiosos. Más allá de sus creencias, se podría pensar en alguna discreta

⁴ Ver bibliografía.

indicación del director, en estos años donde se prepara el Congreso Eucarístico de 1934, con su exaltación de las estructuras eclesiásticas católicas asumidas por el Estado nacional. Tal vez por eso se distancia, como lejano observador, y presenta como feligreses –aterrados– solo a los indígenas de esas para él remotas regiones. En ese distanciamiento es posible, entonces, deslizar la sacrílega inferencia de que el Cristo sufriente podría haber estado al borde de la locura “por el estrago que le causó el dolor físico” (“Iglesia de indios”). Pero a la vez no puede quedarse al margen del sentimiento que le despierta la imagen del sangrante “Cristo del ataúd”, en una iglesia de Corrientes: “Porque el primer deseo que produce este Cristo amortajado, contraído dentro de su caja de cristal, es el de acongojarse por todos los pecados de la humanidad”.

Otros recorridos

Frente a la representación idílica de San Justo, La Plata y otros pueblos de los alrededores, contrasta la dura descripción de su excursión por los suburbios del sur de Buenos Aires, después de cruzar Puente Alsina. Este “aficionado a exploración barata y pintoresca” se sobrecoge ante el panorama que ofrecen Valentín Alsina, Lanús, donde descubre “paisajes interesantes por lo terroríficos”. No ahorra los calificativos para trazar el panorama de esta “sucursal del infierno”, con sus lodazales prodigiosos y ciénagas traicioneras. La “sordidez del suburbio” asoma en las calles anegadas, en las casas precarias, en sus habitantes que vegetan entre los pantanos o bajo el sol inclemente. Y se resumen las causas de esa sordidez: “Lo de siempre: miseria; miseria en la cara de la gente, miseria en la piel de los perros, miseria en las cosas inanimadas; miseria cruel; miseria de gente que gana jornales –¡cuando los gana!– de sudor, de sed y de hambre...”. En contraste, los edificios modernos de la capital, el verde de sus

árboles, las calles asfaltadas: a ellas regresa el caminante con el corazón lleno “de reconocimiento hacia la belleza de la ciudad, que tanto y tanto se diferencia del terrible lodazal. Y parece que se sale del infierno para entrar al paraíso”.

Pasajero de trenes suburbanos, el ojo del cronista descubre, saliendo de Retiro, un paisaje de kioscos abandonados. Una iniciativa municipal ha optado por reemplazarlos por “kioscos más modernos de brutal cemento armado”. En la imaginación, ese paisaje desolado le evoca los mundos de Wells, con sus máquinas infernales en el planeta Marte. Y humaniza a esos descartes de la modernidad al verlos como inválidos reunidos en alguna plazoleta abandonada, rememorando tiempos mejores (“¡oh, si las cosas inanimadas pudieran recordar!”). El recuerdo de los años en que el kiosco veía desfilar el ritmo del día, con los hombres y las mujeres que acudían a su trabajo, pasaban a comprar las revistas y los periódicos que ofrecían sus vitrinas coloridas. Un texto lleno de lirismo y de melancolía, a partir de la contemplación de esos íconos de la prensa popular, muchas veces representados en las portadas de revistas y novelas semanales.

Escritor profesional

Como ya se ha señalado, a partir de los estudios pioneros de Jorge Rivera⁵, las décadas de 1920, 30 y 40, años del auge editorial masivo, con la multiplicación de los diarios, revistas y folletos, dan lugar a la eclosión del escritor profesional, formado –y sustentado económicamente– en la práctica cotidiana de la escritura. A esos años corresponden las crónicas que reúne esta recopilación. Está muy presente, a través de la voz de Arlt, la realidad de ese trabajo profesional, que todavía resulta difícil para muchos asimilar a cualquier tra-

⁵ Cf., dentro de su amplia producción sobre el tema, Rivera (1980-86).

bajo de un integrante de la clase media (oficina, comercio). Arlt participa en las asociaciones de escritores y periodistas. De hecho, su última actividad pública, la tarde antes de su muerte, fue concurrir al Círculo de la Prensa, donde sus restos serían velados al día siguiente.

Desde su columna, se planta fuertemente en la defensa de su trabajo como escritor y periodista, y se hace vocero del reclamo análogo de sus colegas: Néstor, el cronista cinematográfico, Bello, el ilustrador de sus aguafuertes. Todos están cansados de recibir las cotidianas peticiones de un dibujo, una nota, una reseña, una conferencia, un artículo, como favor de amistad –por ende, gratuito–. El escritor se indigna:

Estamos viviendo en plena hora de mangas, afanos y otras yerbas. Yo no sé lo que la gente se piensa o imagina respecto a uno. Cuando menos, que es millonario o cosa por el estilo [...] Creo que la gente debe comenzar por entender que es preciso tener un poco de consideración por aquellos que demuestran visiblemente que no pasan el día rascándose (“Mangas, afanos y otras yerbas”).

Su mundo cultural y literario

Arlt se empeña en crearse un perfil de autodidacta, ratificando que nunca pudo “pasar de tercer grado”⁶ (“El hombre que nunca fue al Congreso”), pero que se ha formado una vasta cultura, que puede competir con las de sus colegas escrito-

⁶ Un dato desmentido por la investigación de Saítta en su biografía del escritor, a partir de las planillas de calificaciones anuales del Consejo Nacional de Educación: “Cursa y aprueba quinto grado en la escuela número 17 [...], ubicada en Franklin y Trelles” (2000, p. 17). Es la escuela donde, pocos años más tarde, ejercerá como maestro su contemporáneo Leopoldo Marechal, que la convierte en escenario de algunos momentos inolvidables de *Adán Buenosayres*.

res a partir de sus múltiples lecturas y de sus inquietudes intelectuales. Así se autorretrata en la entrevista de 1929 en la publicación de Lorenzo Rosso, *La Literatura Argentina*, donde traza su particular canon, arbitrario y contradictorio, para concluir proclamando su “fe inquebrantable en [su] porvenir como escritor”.

Su necesidad de afirmación como hombre de cultura se manifiesta, entre otros aspectos, en la trama de alusiones literarias que desfilan en sus aguafuertes, creando muchas veces un efecto de sorpresa por lo inesperado de las asociaciones (*La guerra de los mundos*, al contemplar el cementerio de los kioscos; Nijinsky, ante los ágiles saltos del boxeador Peralta; Parsifales en desgracia, los veraneantes desesperados por la ola de frío).

Desde esta perspectiva *culta*, los *submundos* literarios están habitados por las publicaciones que leen las mujeres: folletines de Invernizzio, Ponson du Terrail, Braemé, que pueblan de *fantasías absurdas* las mentes de sus devotas lectoras. Sin embargo, más allá de estas compasivas consideraciones, es capaz de captar los mecanismos de identificación y de compensación que por esos años son objeto de las reflexiones de Antonio Gramsci (1961).

Estas fantasías absurdas transportan al quinto cielo del ensueño a una pobre muchacha que está ocho horas por día inclinada en una máquina de coser, o de pie tras de un mostrador atendiendo a cientos y cientos de personas, para quienes la vida es mucho más fácil y cómoda que para ella (“Mujeres que leen en el tranvía”).

Contra quienes apunta su crítica más aguda, a través de la sátira, es contra los escritores que se erigen como genios en el limitado ambiente de sus familias, vecinos, publicaciones barriales (“Poeta de parroquia”, “El hombre que lee su sainete”, “Piratería literaria”).

En un juego de autorreferencias cruzadas, su aguafuerte “Poeta de parroquia” aparece como una nueva y muy distinta versión del capítulo publicado en *Proa* en 1925 como anticipo de su novela *El juguete rabioso*, a la que finalmente no incorporó.

Cortázar afirma en su prólogo a las *Obras Completas* (1982) que “la pintura y la música son otros tantos ingredientes de ese Buenos Aires *interior* que se le escapan siempre a Arlt [...], siempre desde afuera cuando se trata del refinamiento que empieza detrás de las puertas burguesas”. (Acotemos: Cortázar relee para ese prólogo solamente las novelas y los cuentos). Contra ese juicio parcial, encontramos en “Música rusa” el acercamiento de quien “del modo más primitivo” divide a la música en dos categorías: “la que me produce emoción y la que me deja absolutamente indiferente”. Y desde este lugar, expresa su valoración que destaca sobre todos –después de Bach– a los grandes músicos rusos de las últimas décadas: Musorgsky, Rimsky Korsakov. Y por sobre todos, Stravinsky: “La música rusa, con Stravinsky en su más alto pináculo, ha llegado a eso: a pintar un alma que, como las grandes fieras, se sacude y retuerce en su cárcel de carne, buscando la muerte para llegar al cielo de Dios”. (Se nos ocurre pensar en un diálogo –que no existió– con alguien que compartía su admiración y su sensibilidad frente al músico: Victoria Ocampo, que evoca en sus memorias el agitado estreno de la Consagración de la Primavera en París, (1913): “Desde el primer contacto, la aspereza, la extraordinaria violencia rítmica de la *Consagración* me hablaron de genio”).

Policías, ladrones y justicias

Es conocido el paso de Arlt por el diario *Crítica*, donde cubría las noticias policiales, entre ellas, el suicidio de la criadita española apremiada por sus acreedores; un episodio

que caló hondo en la sensibilidad del periodista, que lo retoma en una aguafuerte (“Usura transatlántica”⁷) y más tarde lo reconstruye, en un clima onírico poblado por personajes de la novela popular, en su obra teatral *Trescientos millones*.

En *El Mundo* no tiene a su cargo la información policial. Pero está atento a los episodios que impactan a la opinión pública, y son constantes las alusiones a crímenes célebres que durante muchos días ocupan las primeras planas, como el del concejal Carlos Ray, cuyos protagonistas –la víctima, su compañera y presunta culpable, Carmen Poey, sus abogados– se mencionan sin más datos, ya de sobra conocidos por los lectores.

Entre estos episodios, el secuestro del Dr. Favelukes (1932) es abordado desde un ángulo particular. El clima de época está especialmente sensible a estos acontecimientos, a partir de secuestros y asesinatos célebres como el del joven Abel Ayerza (1932), y el del hijito del aviador Lindbergh (1932), cuyos dramáticos episodios son seguidos por toda la prensa mundial. Frente a las angustias vividas por el entorno de ambas víctimas, Arlt desmenuza con escepticismo las peripecias que al ser liberado narra el médico argentino Favelukes, al que bautiza como “el alegre secuestrado”, ya que “más que secuestro parece una francachela jovial, en la cual el secuestrado, con el apoyo de los periódicos y de las broadcasting, transmite al país satisfactorias impresiones como ocurre en las novelas de Edgar Wallace”. Entra así el protagonista del ¿secuestro? en el grupo de mitómanos que colecciona Arlt en muchas de sus notas.

Frente a estos fabuladores, es muy diferente el tono para narrar un episodio cotidiano, como es un arrebato en la calle, con el ratero apresado por una turba de policías,

⁷ En Scroggins (1981: 191-193).

secundados más o menos eficazmente por otra turba de *ciudadanos decentes*. De cacería, de deporte feroz, califica Arlt a esa persecución, cuyo resultado triunfal le hace reflexionar amargamente:

Muchas veces, al asistir a uno de estos espectáculos feroces, porque están colmados de una ferocidad ancestral o prehistórica, he tenido la impresión de que en el hombre moderno subsiste el troglodita cavernario que emprendía la caza de los monstruos que asolaban la creación, no porque éstos fueran sus enemigos, sino porque era un deporte jovial y monstruoso (“Vigilantes y ladrones”).

Por eso, ante un episodio similar —el arrebato de un fardo de mercadería por un “descuidista” que pronto abandona su carga— elige plantarse como observador, con las manos en los bolsillos, como protesta muda e irónica frente a los gritos de los transeúntes que reclaman colaboración: “¡Atajenlón!” Observador divertido y admirado ante la agilidad del fugitivo, que se pierde en una esquina sin que puedan encontrarlo “aunque lo buscaran con rayos X o con la maravillosa lámpara de Aladino” (“He visto robar”).

Y es que Arlt tiene poca fe en ese mundo de la Justicia que encuentra su templo mayor en el Palacio de Tribunales donde rigen “los dignatarios bizantinos de la Suprema Corte”, y cuyos pasillos siniestros asocia —en imagen sorprendente por su aspereza— con las legendarias cárceles medievales de Venecia, con sus celdas forradas de plomo para mayor rigor con los condenados. Y su representación del Palacio se puebla de asociaciones literarias: el Infierno de Dante, el sepulcro de los vivos, la Corte de los Milagros y un fantasmagórico Boris Karloff que se asoma “con un expediente bajo el brazo” (“Los ‘plomos’ de Venecia”).

No hay alusiones literarias, en cambio, al corroborar —con la amarga satisfacción de no haberse equivocado en anteriores

denuncias- la arbitrariedad de un sistema que envía a un menor, martirizado por su padre, a la alcaidía de menores:

Llega a creerse en un momento dado que jurisconsultos, sociedad, policía, instituciones, constituyen mecanismos cómplices, voluntarios o involuntarios, cuyas tareas consisten en sacarse de encima, y cuanto antes, casos humanos cuya posición desgraciada requiere un poco más de corazón y de Justicia. [...] Ahora bien: cuando **el destino definitivo** de los chicos encerrados en los pudrideros de la policía se haya resuelto, se habrá consumado además otro destino: **el de transformar criaturas, a tiempo para salvarse, en unos perfectos perdidos y viciosos.**

Los destacados en negrita que subrayan las frases en el original muestran la indignación con que interpela a sus lectores, confrontándolos con el caso de esta criatura pasando de las cadenas de su casa a una cárcel en miniatura

que confirma la frase que reza “ir de Herodes el Degollador, a Pilatos, el juez que se lava las manos”. Y entre Herodes y Pilatos, entre el que degüella y el que juzga, inevitablemente se compone el destino definitivo de una criatura. El resto es literatura, cuentos (“Llover sobre mojado”).

La mirada hacia las mujeres

Se ha señalado –y con razón– la visión misógina del escritor. Bajo un humor muchas veces burdo, presenta a menudo a las mujeres como la trampa a la que casi ineludiblemente van a ser atraídos los hombres incautos... y resignados; un proceso en el que tienen una función decisiva las futuras suegras, en esa maquinaria de cooptación y seducción que se inicia con una inocente silla en la vereda, para dar paso al zaguán y a la sala de la familia, preliminares indefectibles del Registro Civil.

Sin embargo, es posible relevar otras perspectivas más complejas, que muestran en Arlt una mirada atenta y comprensiva sobre la realidad de las mujeres. Así, se convierte en la voz –en una supuesta carta de una supuesta lectora– del reclamo de una mujer independiente, como hay muchas, que describe *resignada* las trampas del discurso del hombre que, en definitiva, solo busca enseñarle a ser mujer libre, en una *pedagogía* que los llevará a una necesaria *intimidad*. Tal vez no sea casual que esa resignada aluda a las *mujeres descentradas*, el título de la obra teatral de Salvadora Medina Onrubia, estrenada en 1929, pocos años antes de esta agua-fuerte. Salvadora, siempre disruptiva, bien puede ser el modelo de esta lectora: “¿Qué nos queda por hacer a las miles de “descentradas” que andamos por estos mundos de Dios?” (“Las resignadas”).

Y está la denuncia, tan vigente, sobre las mujeres desaparecidas, que van a alimentar los prostíbulos más sórdidos de Zárate, Rosario, Ensenada, bajo la protección de la policía

que está vendida a los forajidos, que tienen depósitos en el banco y agentes en Buenos Aires. Cuando una mujer ha sido domada allí, entonces se la remite para Rosario, o para el lejano Sur. Y ya no vuelven más... de allá, como de Ushuaia, son raras las que regresan. Insisto: un infierno (“Mujeres desaparecidas”).

En 1930 se va a abolir el derecho al voto de la mujer que bajo el régimen cantonista se había implementado en la provincia de San Juan, una conquista pionera que hacía realidad las demandas de una parte de la sociedad argentina. Una demanda que llegaba al Congreso en 1932, bajo prometedores auspicios (“Podrán votar las mujeres en las elecciones de 1934. Despacho favorable en el Senado”, titulaba *El Mundo* el 5 de agosto), para volver un mes más tarde al limbo de las comisiones, bajo los consabidos argumentos que Arlt se

encarga de refutar: “Los enemigos del voto a la mujer dicen: ¿Cómo es posible darle el derecho de voto a una mujer ignorante? Sin embargo se olvidan que del derecho de voto disponen los hombres más ignorantes”. Las mujeres no están para oír estupideces de los caudillos de comité, sostiene. Por eso, “el político actual fracasaría de hecho ante el criterio de la mujer. Estaría obligado a presentar proyectos que beneficiaran a su marido, a sus hermanos o a su padre, porque si no toda su lata iría al diablo” (“El voto de la mujer”).

Siempre complejo, a menudo contradictorio, Arlt nos ofrece, al lado de su mirada muchas veces paternalista y descalificadora, otros perfiles de mujeres inteligentes, lúcidas, tiernas; como esa señora mayor que le cuenta la historia de una carta de amor conservada durante casi medio siglo:

Dudo que haya nada más agradable que filosofar sobre el amor en compañía de una señora de edad. Que nos trata con esa indulgencia que proviene de su infinita experiencia acerca de los movimientos del corazón humano y la arquitectura de las pasiones. Y digo que no hay nada más agradable, sobre todo, para un individuo como yo, que carece de experiencia y conocimientos profundos y trata de ilustrarse en el documento humano. Yo siento un respeto y una admiración profunda por las personas de edad. ¡Saben tanto! ¡Y uno es tan ingenuo, a pesar de creerse vivo! (“Hace cuarenta y siete años...”).

Pasiones de multitudes

En el pulso cotidiano de la ciudad, los eventos deportivos ocupan un lugar destacado en las páginas periodísticas de esos años: el fútbol, el golf, el tenis, en particular, son cubiertos por cronistas especializados con abundancia de fotografías. Desde su especial perspectiva, Arlt reconstruye algunos de esos acontecimientos masivos. Pero su mirada está sobre

todo atenta a los personajes que pueblan las tribunas, y se hace eco de sus voces, sus dichos espontáneos, la jerga de cada grupo, de cada afición.

No parece atraído por el fútbol, más allá de los picados que como a todo chico de barrio, recuerda, lo llevaron atrás de una pelota. De hecho, solamente recordamos una aguafuerte, “Ayer vi ganar a los argentinos” (1929), sobre el partido entre Uruguay y Argentina en el histórico estadio de San Lorenzo: “Ayer fue el primer partido de fútbol que vi en mi vida, es decir, en los 29 años de existencia que tengo”.

El hipódromo —una de las pasiones de multitudes de la época— lo atrae por la riqueza de situaciones y personajes que pueden darle material para sus notas. Allí va guiado por su colega, “mentor e instructor Aníbal Iglesias”, después de 26 años de su última visita: “Cuando era un pibete me llevó una vez mi viejo... Me perdí entre un tumulto de jugadores de aquella época... Y desde entonces no he puesto un pie en el Hipódromo”. Un ámbito que define como “la negación del sentido común”, un lugar “para enterrar, perder, recuperar y volver a perder las fortunas de Morgan, Ford y Rostchild” (“Burrolandia, capital del escolazo”), donde se cruza con muchos *señores serios*, “insospechables de afecto por los burros” que le van a rogar: “No diga que me vio en el Hipódromo”. Porque perderían su reputación de “señores serios que durante la semana hacen publicidad de catones y cartel de virtuosos”.

Pero el box, en cambio, es para Arlt una pasión legítima y legitimada —que comparte, por cierto, con su lector y admirador Cortázar, quien hace de Justo Suárez, “el Torito de Mataderos”, el protagonista de su cuento “Torito”. Suárez, en el esplendor de su fama, es la figura de varias aguafuertes. (Y también, siguiendo con esta saga de referencias literarias, lo encontramos en una crónica periodística de Rodolfo Walsh, “El matadero”, donde los más viejos recuerdan a Suárez como el “muchachito descalzo” que trabajaba como

mucanguero, recogiendo desperdicios, o haciendo guantes en el “Coraje Bosindú”)⁸.

Gran aficionado, buen conocedor del mundo del box, en sus numerosas notas sobre el tema enumera los nombres de los púgiles, recorre el fixture mundial, multiplica las anécdotas de derrotas y triunfos, hace docencia con su “Diccionario boxístico” para “aquellos que no concurren jamás a un stadium donde dos sujetos se desencuadernan a castañazos”.

No se le escapa la dureza del “deporte”. Pero los protagonistas están vistos a distancia, casi como muñecos en el ring, o como figuras de un ballet que le evoca las proezas de Nijinsky (“Lo que vi desde el ring side”). De allí el lenguaje festivo con que se representan las peleas, los ayudantes, la trastienda de esos hombres que “fueron a ganarse honradamente cincuenta mangos, previo trabajo de trompearse treinta minutos con un semejante, hermano suyo en nuestro señor Jesucristo” (“El pesto y la cirugía estética”). Y como siempre, su oído está atento para recoger las advertencias chispeantes que surgen de la popular, las voces de los espectadores que alientan y sancionan, con una pasión que incluye el tono familiar y los dichos humorísticos:

Por ejemplo, la otra noche, mientras peleaban Peralta y Cerdán, uno de las populares gritó: ¡Peralta: apurate que tengo sueño! Y Peralta lo escuchó, porque, sonriendo, empezó a fajar a Cerdán con más rudeza que nunca (“Diccionario boxístico”).

Los ojos de Arlt

Al trazar el “Elogio de mi viejo librero”, don José Prata, que desde sus años mozos le proveía de lecturas en el barrio de Flores, señala Arlt: “La razón de nuestro éxito es el don de

⁸ Walsh (1995: 242).

simpatía; esa cordialidad que involuntariamente pone Prata en vender un oboe o un método musical, y yo en escribir una nota sobre lo primero que se ofrece a mi vista”.

La lectura de sus aguafuertes confirma la variedad de temas que convierte en el motivo de sus notas, donde recoge las vivencias “del hombre común, el pequeño y pequeñísimo burgués de las calles de Buenos Aires [...] sus propios pensamientos, tristezas, sus ilusiones pálidas, adivinadas y dichas en su lenguaje de todos los días” (Onetti)⁹.

Pero esas cosas que *se ofrecen a su vista* van a ser captadas desde unos ojos que saben penetrar más allá de la simple apariencia, de la anécdota cotidiana, a veces pintoresca, a veces dramática. En Arlt hay una mirada que se detiene sobre esos *hombres que miran* para introducirse en su interior. Así, en la escena del desocupado que observa con ansiedad a los hombres que tienen la fortuna de tener trabajo, la ventana de la fábrica se convierte en el espacio que conecta con lo deseado e inalcanzable. Y el escritor puede transmitir en palabras “todos estos pensamientos [que] pasan por la mente del hombre que camina despacio por la orilla de la vereda, con el sombrero blando apoyado sobre la nuca, y las manos holgazanas forzosamente hundidas en los bolsillos” (“Desocupado ante la ventana”).

“Comiendo con los ojos” es otro de los textos donde este tratamiento se expresa con especial sensibilidad. En el puerto de Buenos Aires un desocupado contempla en silencio a los marineros de una chata arenera que disfrutan de su comida. Como otro Carlitos Chaplin, lo describe, “por su rostro no pasaba el rencor, ni la codicia, ni la avidez, ni el desconsuelo, ni la amargura”. Solo mira comer. La fuerza de su mirada despierta un gesto del marinero que Arlt traduce en palabras: “¿Por qué venís a avinagrarme la comida con tu

⁹ Onetti (1972: 366-7).

mirada? ¿Por qué no trabajás, si querés comer? ¿No te das cuenta que tu mirada me llena de remordimiento en estos momentos que lleno la panza?”. Uno puede evocar aquella estampa de Baudelaire, “Los ojos de los pobres”, donde muchos años antes una situación análoga, en un café de París, despierta el rechazo de la mujer amada, que se indigna con el mendigo que le empaña un encuentro amoroso.

En el muelle de Buenos Aires, esa mirada hambrienta va a encontrar una respuesta a su mudo pedido. Sin palabras –no hay palabras en esta escena– los marineros del lanchón comparten un trozo de su comida con el hombrecito que los miraba comer. Sin comentarios, sin énfasis del autor: un simple gesto para expresar la solidaridad entre los hombres.

Quedan muchos otros temas abiertos para recorrer en la lectura de estas aguafuertes, que revelan la compleja, contradictoria figura de este autor tan de su tiempo y tan contemporáneo que es Roberto Arlt. Podríamos detenernos en la torpe ternura con que se dirige a los pibes –destinatarios excepcionales de sus notas periodísticas– al recordarles la tarea que impulsó en favor de ellos el concejal socialista Antonio Zaccagnini, que acababa de fallecer (“¡Pibes, óiganme!”). Señalar los momentos en que, a través de la voz de un otro, reflexiona sobre la vida, sobre el tiempo que altera a las personas y a los lugares amados, en un espacio intimista que toma matices de misterio (“Mi pueblo a medianoche”). Observar la serie de retratos del hombre común, en su desgaste cotidiano por la tarea rutinaria, que encuentra su pequeño paraíso en un día de pesca, o en la construcción de un mínimo jardín en su terraza. O en el encuentro fugaz de la pareja de enamorados, entre dos momentos de su trabajo (“El amor en el subterráneo”). Son las *pobres gentes* que se permiten soñar en un fin de semana con el regalo del sol, fuera de las paredes de la oficina. O, en un sueño mayor, con la posibilidad de ganarse el Gordo de Navidad que cambiará su vida.

Y está el sueño del inmigrante gallego, que espera alcanzar a ver a “m’hijo el doctor” (“El nieto del constructor”).

Estas, y muchas otras presencias, voces, historias de quienes no tuvieron historia, están reunidas en las aguafuertes de nuestro Roberto Arlt. Porque, como escribieron al despedirlo sus compañeros de redacción:

Pocos tuvieron como él una imaginación tan rica. Solo los muy auténticos han sido capaces de vivir como él la pasión de la literatura, conservando el ardiente optimismo de los primeros años y la gran condición de maravillarse que solo sobrevive en los artistas verdaderos.¹⁰

Margarita Pierini

Bibliografía citada

- Arlt, Roberto (1993), *Aguafuertes porteñas*. Buenos Aires, *vida cotidiana*, introd., selección y notas de Sylvia Saítta, Buenos Aires, Alianza.
- (1994), *Aguafuertes porteñas: cultura y política*, prol. Sylvia Saítta, Buenos Aires, Losada.
- (1999), *Aguafuertes gallegas y asturianas*, comp. y prólogo Sylvia Saítta, Buenos Aires, Losada.
- (2000) *Aguafuertes madrileñas. Presagios de una guerra civil*, prólogo, comp. y notas de Sylvia Saítta, Buenos Aires, Losada.
- (2003), *Al margen del cable. Crónicas publicadas en El Nacional, México, 1937-1941*, recopilación, introd. y notas Rose Corral, Buenos Aires, Losada.
- (2009), *El paisaje en las nubes. Crónicas en El Mundo*

¹⁰ “Falleció ayer nuestro compañero Roberto Arlt”, *El Mundo*, 27 de julio de 1942.

- 1937-1942, prolog. de Ricardo Piglia, ed. Rose Corral, Buenos Aires, FCE.
- (2013), *Aguafuertes cariocas. Crónicas inéditas desde Río de Janeiro*, prolog. Gustavo Pacheco, Buenos Aires, Adriana Hidalgo.
- (2018), *El vagabundo sentimental. Selección de aguafuertes inéditas*, comp. Laura Juárez y Pilar Cimadevilla, La Plata, Erizo Ediciones.
- “Roberto Arlt sostiene que es de los escritores que van a quedar y hace una inexorable crítica sobre la poca consistencia de la obra de los otros”. Entrevista en *La Literatura Argentina*, n. 12, agosto de 1929.
- Baudelaire, Charles (1995), *Pequeños poemas en prosa*, México, Eds. Coyoacán.
- Borré, Omar (1999), *Roberto Arlt. Su vida y su obra*, Buenos Aires, Planeta.
- Cortázar, Julio (1982), “Apuntes de relectura” en *Sábado. Suplemento de unomásuno*, México, 30-1-1982, pp. 2-3.
- “Falleció ayer nuestro compañero Roberto Arlt”, *El Mundo*, 27-7-1942.
- Gramsci, Antonio (1961), “Literatura popular” en *Literatura y vida nacional*, Buenos Aires, Lautaro.
- Onetti, Juan Carlos (1972), “Semblanza de un genio rioplatense” en *Nueva Novela Latinoamericana*. 2, comp. J. Lafforgue, Buenos Aires, Paidós.
- Rivera, Jorge (1980-86), “La forja del escritor profesional (1900-1930). Los escritores y los nuevos medios masivos”, en *Historia de la Literatura Argentina*, t. 3, Buenos Aires, CEAL.
- Saítta, Sylvia (2000), *El escritor en el bosque de ladrillos. Una biografía de Roberto Arlt*, Buenos Aires, Sudamericana.
- Scroggins, Daniel C. (1981), *Las aguafuertes porteñas de Roberto Arlt*, Buenos Aires, Ediciones Culturales Argentinas.
- Walsh, Rodolfo (1995), “El matadero” en *El violento oficio de escribir. Obra periodística 1953-1977*, Buenos Aires, Planeta.

Criterios de edición

En esta nueva recopilación se han seleccionado 80 de las aguafuertes que se publicaron en *El Mundo* entre agosto de 1928 y enero de 1935 y que, hasta donde sabemos, no volvieron a ser editadas. Consideramos realizar un aporte a las valiosas publicaciones que, desde finales de los años 50, fueron acercando a los lectores contemporáneos parte de la vasta producción periodística de Arlt.

Para esta selección tomamos como fuente el minucioso listado realizado por Sylvia Saítta como apéndice de su biografía del escritor (2000).

Ante la pluralidad de temas que ofrecen estas aguafuertes, optamos por seguir un orden cronológico.

Se ha buscado respetar fielmente los textos originales, manteniendo la disposición gráfica y los recursos propios del escritor. Se han realizado algunas mínimas modificaciones ante evidentes erratas, y se ha actualizado la ortografía según las normas vigentes.

Como bien saben sus lectores, Arlt no busca lo políticamente correcto, y su discurso, a menudo contradictorio, muchas veces ofrece expresiones misóginas, clasistas y aun racistas. En esta selección no se esquivan esas notas; consideramos que el pensamiento que sostiene una política de *cancelaciones* no contribuye al conocimiento de un escritor, además de tener consecuencias nefastas para el patrimonio literario.

MP

Buenos Aires, marzo de 2022

Llover sobre mojado

El Mundo, 3 de octubre de 1932

Juro que estoy encantado: si se puede estar encantado de no haberse equivocado.

Los diarios acaban de dar noticia de la siguiente resolución del juez González Oliver: “Vistas las pocas garantías que ofrece la madre para asegurar la tenencia del menor, ha dispuesto que este sea conducido a la alcaidía de menores, hasta tanto se resuelva el destino definitivo de la criatura”.

Se trata, como entenderán Uds., del menor Antonio García, a quien su endiablado padre había atado como un perro por el cogote, de una cadena a un poste del gallinero armado en el fondo de su casa.

No hay otro procedimiento

Decía yo el otro día, al terminar la cuarta nota sobre la alcaidía de menores, es decir el 28 de Setiembre del corriente año, no del año pasado, sino de este año:

“Lo más grave del caso es que artículos como los que el autor escribe tienen la ventaja de remover el avispero durante algunos días. Luego todo vuelve a su curso normal, si es normal que el establecimiento policial tenga inmediata función de convertir chicos, la mayor parte traviesos, en criminales futuros”.

Y como si intencionalmente un juez de Menores quisiera confirmar las presunciones del autor, el Dr. González Oliver dispone que un chico, que no ha cometido ningún

delito, como no ser el de que lo apaleara su padre y lo encadenara, sea internado en el mencionado Depósito. Pero, ¿qué puede hacer el juez, en este caso? Seamos sinceros. ¿A dónde podría enviar a ese pobre chico desamparado?

Si aceptamos que el Depósito de Menores está ocupado por delincuentes infantiles, y ello es innegable, puesto que cualquiera que visite la alcaidía puede consultar el registro e informarse de que el autor de estas notas está diciendo verdades grandes como casas; si aceptamos que el menor encadenado y apaleado no es un delincuente, ni nada por el estilo, sino un desgraciado muchacho a quien su padre deslomaba a garrotazos:

¿Cómo explicarse la resolución del juez? El juez no puede hacerse cargo de esos menores, ni abundan los buenos corazones que se ofrezcan a cuidarlos y mantenerlos. **No hay—esta es la verdad— adonde recluir.**

Sé perfectamente que el juez ha dictado una resolución **hasta tanto se resuelva el destino definitivo de la criatura** pero, seamos consecuentes:

En el Depósito de Menores hay muchos chicos que **ESPERAN SE RESUELVA SU DESTINO DEFINITIVO**, de modo que en este caso no se nos comunica ninguna novedad, ni esta resolución puede motivar los aplausos que en su tiempo provocaba una sentencia del juez Magnaud. Dicho sea esto sin una pizca de ironía.

Ahora bien: cuando el **destino definitivo** de los chicos encerrados en los pudrideros de la policía se haya resuelto, se habrá consumado además otro destino: **el de transformar criaturas, a tiempo para salvarse, en unos perfectos perdidos y viciosos.**

Y entonces uno se pregunta, le pregunta a la gente honrada que transita por la calle, que anda en los tranvías, a todos aquellos que tienen un hijo:

—¿No hay otro procedimiento para librar a un chico del estercolero humano, que encerrarlo en otro lodazal?

Por lo visto, no lo hay.

Nos encontramos aquí en presencia de un problema desesperante.

Nadie se ocupa de las criaturas. Las denuncias que se hacen respecto a las anormalidades del ambiente en que viven las criaturas sometidas a la jurisdicción de la ley no encuentran eco en ninguna parte.

Llega a creerse en un momento dado que jurisconsultos, sociedad, policía, instituciones, constituyen mecanismos cómplices, voluntarios o involuntarios, cuyas tareas consisten en sacarse de encima, y cuanto antes, casos humanos cuya posición desgraciada requiere un poco más de corazón y de Justicia.

Tal es el panorama que a la vista plantean las resoluciones de estos jueces.

¿Es posible que entre nuestras instituciones no se cuente con una, cuando menos con una destinada al albergue, al cuidado, al enderezamiento de chicos cuyo exclusivo pecado es nacer en hogares donde se les martiriza o se les abandona?

El caso de esta criatura pasando de una cadena a una cárcel en miniatura es simplemente formidable, pues confirma la frase que reza “ir de Herodes el Degollador, a Pilatos, el juez que se lava las manos”.

Y entre Herodes y Pilatos, entre el que degüella y el que juzga, inevitablemente se compone el destino definitivo de una criatura. El resto es literatura, cuentos. El chico será internado en la Alcaldía de Menores, y una vez sepultado en vida allí, nadie se acordará de él, como no ser las vecinas de su barrio, que alguna vez, en rueda, interrogarán: ¿Se acuerdan de ese chico? ¡Vaya a saber lo que se ha hecho de él!

Elogio del cactus

El Mundo, 23 de enero de 1935

El haber reproducido en esta sección una carta que me escribió un lector maldiciendo el día en que se le ocurrió sustituir las plantas de su jardín por verdosas y pinchudas pencas, me ha acarreado una serie de disgustos.

Como si se hubieran confabulado, una serie de hinchas del cactus me han escrito largas y sesudas disertaciones y ¡parece mentira! hasta me escribió un señor de La Quiaca para explicarme, ardua y amablemente, cuáles eran las causas climatológicas y geológicas por las que un cactus boliviano prosperaba precariamente en nuestra ciudad marítima.

Y como los hinchas del cactus tienen tanto derecho a la publicidad, defensa y panegírico de la barbuda y pinchosa fantasía del reino vegetal como lo tenía el otro lector que despotricó, me despacharé con una serie de reflexiones que, supongo, acarrearán hacia mi modesto escritorio los aplausos, no solo de los especialistas, sino también de las excelentes señoras que cuidan primorosamente una “cola de zorro” o una “cabeza de obispo”.

Elogio del cactus

El cactus es bueno. El cactus no se mete con nadie. Jamás se ha dado el caso de un cactus que haya ido conducido a la comisaría por promover desorden, desarrollar actividades calificadas de subversivas, o por exceso de velocidad.

El cactus es moral.

Su apariencia no incita, como otras plantas vistosas, a bailar, a perfumarse o soñar con amores sutiles.

El cactus, situado en un rincón de la sala, en una maceta de tierra cocida, fomenta los pensamientos humildes. Jamás a un novio, después de mirar largamente un cactus, se le ocurrirá proponerle a su novia ir a correr una juerga de copetines. El cactus aplaca los pensamientos más furibundos. Aún no se ha dado una sola vez el hecho de que un hombre matara a sus prójimos en presencia de un cactus.

El cactus es decente.

A diferencia de otras especies vegetales, que para reproducirse se traban en una serie de amores y transportes de polen que harían ruborizar a un bombero, el cactus, como el ave fénix, nace de sus propias cenizas, y sin promover escándalos ni complicaciones que les trastornen la sesera a los botánicos que estudian estas particularidades de los arbustos.

El cactus es recatado y honesto.

Donde lo ponen, allí se está, y no promueve disturbios, no languidece ni alardea de esos fáciles histerismos que en otras plantas constituyen la preocupación de las buenas amas de familia, empeñadas en presentar un jardín que se porte como la gente. El cactus, a diferencia de los rosales, no tienta a las hormigas, ni a los bichos canasto, ni a toda la fauna feroz que hace su agosto en los brotes, tallos y flores.

El cactus dicta cátedra de filosofía.

Para el observador atento, el cactus demuestra cuán fácil es vivir con poco, que es inteligente no apresurarse por nada; cuán discreto no tratar de lucirse más allá de los límites de la propia posibilidad.

El cactus es económico.

Otras plantas exigen riego, abonos, luz, defensas químicas, efectos luminosos, temperaturas adecuadas, servicio de poda y afeitado a domicilio; el cactus, con tal que no lo

joroben, prospera allí donde lo entierran y extiende pacientemente sus brotes, como la tortuga que saca el apergaminado cogote de la curva de la caparazón.

El cactus es constante.

“Piano, piano, se va lontano”, parece decirse, y entonces tranquilo, sin sobresaltos ni fiebres de pubertad precoz, se estira seguro y confiado. A semejanza de otras plantas atolondradas que promueven líos con los vecinos, o que meten sus ramas donde no deben, el cactus, casero y prudente, no sale de su perrera.

El cactus estimula a los fiacunes.

Con su idioma peludo, sus barbas firmes, su flor escasa, el cactus parece dictarle a los que son propensos a la hamaca paraguaya:

“Tomen ejemplo de mi parsimonia. De mi escaso afán a viajar, de mis reducidas necesidades. El hombre debe ser como el cactus para vivir feliz y sin pejugueras”.

El cactus es antisociable.

Otras hojas de plantas, algunos tallos, pueden adornar el ojal de una solapa; pero a nadie se le ocurriría ponerse una penca, so pena de pasar por un alienado incipiente.

El cactus es sociable.

Ninguna planta resistirá la atmósfera de cuarto cerrado como él; pero el cactus la aguanta y participa de las conversaciones familiares con su inmutabilidad de hombre a quien ya no le pueden contar nada nuevo de la vida.

Para terminar: estas y otras virtudes que no narro de las pencas, cabezas de obispos, colas de león y de zorro, me impulsan a redactar el levantado testimonio de que el cactus es la planta por excelencia casera y digna de la estima de chicos, grandes, viejos y jóvenes, blancos y negros, protestantes y católicos, pero siempre que no traten de molestarlo. El cactus tiene su filosofía de “no me joroben”. Si lo joroban... pincha.

El voto de la mujer

El Mundo, 19 de junio de 1930

En San Juan, no sé por qué disposiciones (nunca faltan razones cuando se quiere evitar o disculpar algo), la mujer ha sido privada del derecho a votar que le había sido concedido bajo el régimen cantonista.

Ahora bien: como el problema está más allá del límite de una provincia, me parece interesante hablar de él.

La esclavitud de la mujer

Es curiosísimo el destino de la mujer. Cuando es menor de edad obedece a los padres; cuando novia, vive supeditada a la disfrazada esclavitud de los antojos del novio. Después de casada, sometida a la esclavitud de los hijos... y el hogar. Y así, interminablemente, su camino se compone de una serie de obligaciones de deberes. La violación de cualquier deber la somete a una reputación social más o menos variada y dura según el grado de salvajismo de la colectividad en que viva.

Tiene también algunos derechos, elementales, primarios, sin importancia alguna. En síntesis: su destino, su brutal destino es dar hijos al mundo. El Estado hace de estos hijos lo que se le antoja. Por ejemplo, en caso de guerra, manda a estos hijos, que son más hijos de mujer que de hombre, a que se rompan el alma en el campo de batalla. La mujer que ha criado a estos hijos, que nacieron de ella entre dolor y angustias, no tiene absolutamente ningún derecho.

Yo creo, por ejemplo, que si un hombre pudiera “tener” hijos, su criterio social sería completamente distinto al actual.

En tanto la mujer es una esclava. Hay sus excepciones, de más está decirlo. Pero estas excepciones son visibles en la ciudad. En los campos, la mujer es una bestia de trabajo si es pobre. En nuestro arrabal también. Basta ver la cara de una muchacha antes de casarse, y dos años después de estar casada. No se la reconoce.

Argumentación falsa

Los enemigos del voto a la mujer dicen:

¿Cómo es posible darle el derecho de voto a una mujer ignorante? Sin embargo se olvidan que del derecho de voto disponen los hombres más ignorantes. Y que nadie discute este derecho, porque, por el contrario, cuanto más ignorante es un electorado, más fácil es engañarlo con cualquier jerga política.

Ahora bien. Un fenómeno inmediato sería este:

—La mujer ignorante no “votará” con el mismo criterio del hombre ignorante. La mujer tiene un criterio distinto al hombre. Se la puede engañar ¿y hasta qué punto? en cuestiones de amor. Pero esto es la primera vez...

En política no se la podría engañar nunca debido a que:

—No puede entender la jerga de los aventureros que se alquilan en los comités para charlar hasta por los codos en cualquier esquina frente a un grupo de gatos.

La mujer-problema

La mujer constituye un problema para el macaneador parlamentario que necesita votos y que los recolecta a granel entre un electorado de analfabetos semiborrachos y engañados con cualquier clase de promesa.

¿Con qué idioma le hablaría a la mujer el “orador profesional”? No es posible largarle cuatro lugares comunes de los

cuales dos se refieren a “patriotismo” y otros dos a cualquier otra pavana. Por ejemplo: a las mujeres pobres, empleadas, obreras, sirvientas, no sería posible engañarlas con las mismas promesas con que burlan a sus hermanos los hombres. O las podrían engañar una vez... pero ¿y a la segunda?...

Imagínense Vds. a un atorrantito de comité, de esos que ayer gastaban alpargatas y hoy van de cuello palomita, porque se “acomodaron”: o sino a un doctor, a un doctor auténtico y más vacío que el cero con que lo condecoraron en numerosos exámenes, dando una conferencia ante lavanderas y pobres mujeres. Si gasta el idioma a que está acostumbrado, las lavanderas se dormirán, y si habla sencillamente, ocurre una cosa grave: tiene que decir “cosas”, no palabras vacías... y entonces no puede hablar...

La mujer no está para oír estupideces

La mujer sin entender absolutamente nada de sociología, es inconcientemente comunista, porque en el hogar está acostumbrada a los beneficios que derivan de la comunidad de colaboración. La mujer, en el fondo de sí misma, guarda un tremendo desprecio por todos los charlatanes de feria que engañan a sus padres, a sus maridos y a sus hermanos. Su instinto es más seguro, más serio. El político actual fracasaría de hecho ante el criterio de la mujer. Estaría obligado a presentar proyectos que beneficiaran a su marido, a sus hermanos o a su padre, porque si no toda su lata iría al diablo. Imagínense Vds. a un charlatán de comité frente a una asamblea de muchachas empleadas u obreras. Le tirarían con las cajas de polvos o con los tubos de pintura.

Nueva orientación

Después hay otra cosa, y es su criterio positivo. La mujer se desinteresa en absoluto por todo aquello que no es claro en

su entendimiento. Y aquí ocurre esto: lo que es claro en el entendimiento de la mujer, es siempre factible. ¡No en vano tiene que administrar su casa y meter muchas veces dos litros de agua en una botella en la cual sólo cabe un litro!

Los políticos saben esto. Son burros todos, pero incluso los burros tienen astucia, y hasta ahora la astucia de toda esta gentuza ha consistido en evitar que le ajusten las cuentas mediante el procedimiento más peligroso para ellos: el sufragio libre.

En tanto, las mujeres no se han dado cuenta de la fuerza de que disponen entre sus manos. Viven sumergidas en los problemas domésticos, y el deber de todos nosotros, los que podemos escribir en los diarios, es despertarles la conciencia hacia el derecho que tienen y las consecuencias que pueden recoger al ejercerlo.

El amor en el subterráneo

El Mundo, 29 de diciembre de 1928

He observado que los andenes de las estaciones del subterráneo son lugares preferidos por los empleados que hacen el amor. Sobre todo a la mañana, a mediodía y a la tarde, desde las seis en adelante.

Sí, son el parador del amor pobre; del amor que le quita quince minutos a un almuerzo o cinco minutos al reloj de la oficina para disfrutar de esa felicidad mezquina que controlan los ojos de todos los pasajeros

La pobre felicidad

¡Cuántas veces me he quedado mirando a estas parejas, animado por una curiosidad casi irónica, y otras veces con lástima, una profunda lástima, ya que adivinaba todo lo que ellos podían decir y vivir!

Porque así como los mapas sirven para señalar la fisonomía de una extensión geográfica, así también los semblantes son mapas del destino, donde se ve, con toda claridad, la forma en que se desenvuelve la vida del individuo, qué alcances tiene su felicidad, qué es lo que oculta o disimula. Y este trabajo de espionaje, de observación clandestina, es el más divertido, el más profundo, el más interesante.

Se llega así hasta a adivinar la profesión del observado; se sabe si vive solo o con su familia: se ve en él, como en un espejo empañado por la neblina. Y en cuanto el sujeto ha mostrado un ápice de su psicología por un gesto,

una mirada, se tiene la impresión de haber atrapado una mosca.

Ahora bien; donde más se pone de manifiesto la fisonomía oculta de un individuo es en una conversación con una mujer. Súbitamente ese rostro queda descubierto de su máscara, y entonces, hombre o mujer, se revelan tales cuales son. En cuanto se les ve se sabe si se engañan mutuamente o si están engañados los dos.

Y es natural. A veces se descubren felicidades tan modestas, tan escondidas, tan tímidas, que dan ganas de llamarlas “felicidades pobres”.

Son felicidades de empleadas de setenta pesos mensuales y de muchachos de ciento veinte pesos de sueldo. Felicidades que disponen de cinco minutos a la mañana, de un cuarto de hora al mediodía y de cuarenta minutos a la noche, es decir, una hora; una hora matemática, cronométrica. Y eso todos los días en un andén, que vigila la curiosidad de muchos pasajeros.

Parejas

Estas parejas suelen estar siempre en la misma estación, a la misma hora. A veces llega primero ella, y entonces espera. ¡Qué martirio! Las mujeres esperan de una forma distinta a los hombres. El hombre se impacienta, mira veinte veces por minuto para un mismo costado, pasea nerviosamente. La mujer no. La mujer espera resignadamente, tristemente; arrimada contra un muro; sentada en un banco, con la cabeza inclinada, sin moverse, como si tratara de pasar inadvertida. No mira a nadie; se queda inmóvil, como si la aletargara un inapelable desmoronamiento de su personalidad. Sabe perfectamente que la están mirando, que los que la miran saben que ella está esperando a un hombre, y quizá eso justifique su actitud; y esto otro: que las mujeres no llegan nunca puntualmente a una cita, como si en la espera encontraran vaya a saber qué poderoso sufrimiento, que las

obliga inconscientemente a llegar mucho después, cuando fatalmente “él debe estar ya”.

Hoy he asistido a un encuentro de estos, en la estación Congreso. Ella había estado esperando largo rato, junto a un muro. De pronto llegó él, y se pusieron a conversar animadamente. Él mostraba su reloj, comparaba con el de la estación, y en veinte y tres segundos estuvieron hechas las paces.

Y de pronto me dije:

—Este mocito se casará con esta muchacha.

Se veía a la legua, se lo veía en los modales de ella, saturados de esa seguridad que sólo proviene de un dominio absoluto sobre la otra naturaleza; se comprendía en la forma impecable de vestir del mocito, que había cuidado todos los detalles y que tenía cara de buen muchacho, de esos muchachos que se casan porque nada peor tienen que hacer. Tomaron el tranvía encantados de verse juntos.

En cambio, en Sáenz Peña hay otra pareja que causa una impresión siniestra. Ella es fea, pero con la fealdad de la que se aburre hace siglos, y tiene un compañero más aburrido aún. El novio parece haber dejado sexto grado ayer. Es alto, flaco; no lee los diarios ni por broma; no habla tampoco; y se pasan los minutos mirándose a los ojos. Pero lo que hace siniestra a esta pareja es la voluntad de la mujer, una voluntad férrea escondida bajo su rostro somnoliento. Mirándolos se adivina una perspectiva de esclavitud. El tío, casado, más pobre que una raya, y pasando las noches en claro con los críos en brazos...

Otras gentes...

En cambio, hay parejas que toman alegremente la vida y que se refugian tras de las columnas para conversar. Esto indigna a los padres de familia que adivinan que tras de las columnas un mocito y una mocita se están besando. Pero, ¿qué quieren? ¿Que vayan a ponerse bajo un foco para cambiar un beso humorístico, vertiginoso, subterráneo? Hay que ser

razonable. Cinco minutos a la mañana, un cuarto de hora a mediodía... La pobre felicidad es breve; el trabajo de oficina, de mostrador, de subsuelo, es largo. ¿Dónde se va a besar esta gente que no tiene, de la semana, sino el día domingo, un solo día durante seis días, mientras que afuera, el sol, la vida y la naturaleza estallan con libertad?

Yo siempre he sentido una indulgencia cínica y jovial para las parejas que se refugian tras de las columnas. Una indulgencia que deriva de esta pregunta, repleta de justicia:

—¿Qué tienen de la vida estas gentes? ¿Cinco minutos a la mañana, un cuarto de hora a medio día, cuarenta minutos como máximo a la noche?... Es muy poco para resignarse a trabajar los trescientos días hábiles del año.

Música rusa

El Mundo, 29 de diciembre de 1929

“Somos dos estudiantes de música que le escribimos, desde una lechería, para pedirle que se haga una nota sobre la música. Si en esa nota hay algo interesante lo utilizaremos para la tesis que tenemos que presentar. Dos estudiantes”.

Estoy fresco. Ayer, un señor que me pide consejos o procedimientos para incendiar el boliche, hoy, dos colegialas que quieren que me ocupe de música. ¿No me habrán confundido con el Diccionarios Enciclopédico?

Lo que yo creo

De todas las referencias que tengo de la enseñanza musical, he llegado a esta única y absoluta conclusión. En los conservatorios lo único que se le enseña a estudiantas y estudiantes de música es el a, b, c del piano o cualquier otro instrumento. Sacando eso, si el estudiante tiene talento, llega a algo, y si no lo tiene, se embrutece con los largos años de enseñanza. De modo que si yo me ocupo de música lo único que puedo hacer es lo siguiente: decir los autores que a mí me gustan y por qué me gustan, y por qué creo que son lo más extraordinario que se encontrara en el mundo musical.

Del modo más primitivo, yo me he dividido para mi guía a la música en dos categorías: la que me produce emoción y la que me deja absolutamente indiferente. Ahora bien: la casualidad hace que la que me gusta extraordinariamente, o mejor dicho la que me emociona enormemente,

es la música rusa, y de estos músicos, Stravinsky, Rimsky Korsakov y luego el autor de "Covanchina", Mousorjsky. Y Bach con su "Tocata y Fuga en Re Menor" que me parece el maestro, a través de los tiempos, de estos geniales músicos rusos. En Italia hoy encontramos al abate Perosi de quien se dice que está loco, pero que es tan grandioso como los nombrados con sus composiciones para órgano, y sobre todo con su "Pasión de Jesús" que es un verdadero océano de música.

Lo que dice esta música

Para mí, lo importante de esta música es lo que le dice al corazón del hombre. Lo que pinta en sonidos de todas las convulsiones del alma del hombre. Stravinsky, en este sentido es el que ha ido más lejos. "Bodas", "Petruska", "El pájaro de fuego", son realmente admirables. "Bodas" fue silbada y simultáneamente aplaudida en el Colón. Unos espectadores ladraban su indignación, mientras que otros se apretaban el corazón con la mano. Yo no me los explico a los silbadores. ¿Impotencia, incapacidad? Todo puede ser.

¿Qué es lo que dicen al hombre estos músicos? Le hablan del gran dolor y de la gran alegría. Eso, nada más. Pero con tantos sonidos y tantos matices, que de pronto el oyente tiene la sensación de que por los nervios de la columna vertebral le corren inyecciones de hielo o de fuego. Todavía van más lejos. Pintan el dolor y el estremecimiento de la naturaleza. Las profundísimas fiestas del alma del hombre. Estertores, gritos, muecas, crujir de tendones en los brazos que se alargan para tocar el cielo, los susurros del viento entre las ramas de los árboles, el rugir de las fieras en el bosque, el suspiro de la mujer, el gotear del agua en la piedra, las campanas, la noche, la luz que se enciende, todo está dado en la infinita calidad sobrecogida de las notas que una tras otras se suceden o de pronto, estallan en un ritmo

inesperado que lo introducen al espectador en el mundo de los espíritus de la naturaleza.

He escrito un montón de palabras y no he dicho nada. No he dicho nada porque esa música es precisamente todo aquello que no podemos expresar con las actuales palabras de que disponemos.

Lucha sorda

Esta música –y vuelvo nuevamente a Stravinsky– tiene un sentido sagrado, mejor dicho, es realmente música sagrada, aunque el argumento se desarrolla en torno de temas profanos. Y es música sagrada porque de pronto, cuando se la escucha, todos los sentimientos de que nos han ido revistiendo los convencionalismos sociales, desaparecen o se licúan al contacto de esas dolorosas verdades de fuego, que arrojan sus lamentaciones hasta el tuétano de nuestra conciencia.

¿Qué es “Bodas”, por ejemplo? Lo que para cualquier entendimiento medianamente musical debía ser expresado como una fiesta sonora, Stravinski lo expresa trágicamente. El dolor que encierra todo el misterio, para dos seres que van a afrontar juntos la vida, es dado en la partitura con grandes trozos de sensación. La despedida de la madre y de la hija, las amigas que se despiden de la amiga, los amigos del novio que lo saludan. Stravinsky salta con un brinco de tigre sobre lo momentáneo de la fiesta, y nos muestra la íntima incertidumbre de dos almas que irán al dolor por el camino del placer, convicción que cada corazón sobrecogido lleva en su interior como sensación de que en aquel instante está tocando la superficie del destino.

¿Y “Covanchina”? ¿Puede pedirse un episodio musical más patético y lleno de dolor humano (no confundir con dolor musical) que ese in crescendo y latir de campana que pone su fúnebre estampido de hierro en un amanecer que se adivina helado? Toda expresión en la música rusa

es de desesperación, de llanto, de lágrimas, de brazos que se retuercen, de cabezas que se inclinan silenciosamente aceptando el destino; de cabelleras que se destrenzan entre esguinces de miedo; toda expresión en la música rusa llega a lo candente de la hipertensión nerviosa. Parece que los músculos se van a romper en el ascenso espantoso de una nota, y de pronto, entre un huracán de sonidos, brota un hilo cuyo timbre parece más débil que el timbre de voz de un recién nacido. Y siempre así, porque así es el alma del hombre. Contraste, dolor, hipertensión, deseo, quebrantamiento, llanto, sonrisa adolescente, bramido... La música rusa con Stravinsky en su más alto pináculo, ha llegado a eso: a pintar un alma que, como las grandes fieras, se sacude y retuerce en su cárcel de carne, buscando la muerte para llegar al cielo de Dios.

Vigilantes y ladrones

El Mundo, 23 de octubre de 1928

Creo que no hay cuadro más típicamente porteño que el que ofrece la persecución del ratero por la policía, con el ineficaz y divertido auxilio de los particulares.

Muchas veces, al asistir a uno de estos espectáculos feroces, porque están colmados de una ferocidad ancestral o prehistórica, he tenido la impresión de que en el hombre moderno subsiste el troglodita cavernario que emprendía la caza de los monstruos que asolaban la creación, no porque estos fueran sus enemigos, sino porque era un deporte jovial y monstruoso.

Como en el juego infantil “vigilantes y ladrones”; exactamente lo mismo.

La cacería

Hoy, al llegar a la esquina donde tomo mi ómnibus, he sentido el frenético correr de un caballo. Me detuve, y de pronto, el penco fue frenado por un oficial de policía que me examinó el semblante con mirada que pretendía ser inquisitiva. Las miradas inquisidoras de los honrados polizontes. Me dio risa. Con aspecto alegre me quedé contemplando el hombre y la jaca. Aquel tuvo la certeza de que, a pesar de mi aspecto perdulario, yo no era ningún ladrón, y de un latigazo hizo respingar la “noble bruta” y salió disparando, como si la seguridad de nuestra sociedad dependiera de su carrera de loco en busca de un inocente ratero.

Seguí hasta la otra cuadra y allí vi un montón de gente haciendo rueda en torno de un zanahoria que al bajar del ómnibus dejó caer su cartera que prestísimamente levantó un bergante que echó a correr, y al cual perseguían ahora tres vigilantes, ensordeciendo el barrio con sus pitadas de auxilio, como si allí se hubiera apuñaleado una brigada de camorristas.

Un grupo de señoras que iban con cestas a la feria franca, se hacían cruces de la audacia del malandrín, mientras que un cuerpo de pilletes descalzos, seguidos de sus perros y de los hermanitos con las narices sucias y de los alaridos de las madres, emprendían la carrera tras los caballos de los vigilantes, que en un perímetro de cinco manzanas cuadradas trataban de acorralar al “furbo” que se había alzado con la cartera del zanahoria ya mencionado. La cartera de marras, a juzgar por la cara que tenía el damnificado, no contendría más de diez pesos moneda nacional. Y era grasa que colaba si hubiera más.

Lo curioso era esto:

Que entre esos montones de chicos había gavillas que horas antes se habían descrismado al jugar al vigilante y ladrón, porque todos querían ser ladrones y ninguno vigilante. Y en cuanto la realidad les arrojó la oportunidad, se dieron vuelta, como cualquier político oportunista y logrero.

El deporte feroz

Recuerdo que cuando Llacoy fue detenido en Río Negro, un inglés que se había sumado al grupo de perseguidores le horadó el sombrero de un tiro al ladrón, y eso que este no ofrecía resistencia alguna. Y muchos particulares se sumaron a esa persecución, todos armados hasta los dientes, porque –vuelvo a insistir– creo que el deporte más feroz que puede desear el alma del hombre es, precisamente, la persecución al hombre.

Lo he observado muchas veces. Sobre todo en la persecución de los rateros de feria, de esos atorrantitos que, de pronto, le arrancan la cartera de entre las manos a una menestrala que no llevaba sino un peso y quince centavos.

Trágica y formidable persecución. De pronto, la verdulera pega un grito sobrehumano, diez parlanchines le hacen eco. Los carniceros, con sus filosas cuchillas, miran en torno como si buscaran a quien degollar, y de pronto, entre los grupos de curiosos, se ve deslizarse un desarrapado que pone los pies en adoquines, no en “polvorosa”, como diría un clásico.

Una gritería espantosa se levanta de entre toda la canalla. Una de estas griterías que espantan los pájaros que cruzan el cielo de la mañana sobre la feria de mil colores. Los hueveros imprecán al cielo como si los hubieran despojado de sus bienes. Los verduleros, con el mango de sus látigos a la funerala, miran con instintos homicidas a los transeúntes diciendo ciento y una perrerías de este país donde los rateros merodean por las ferias y se alzan con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Una racha de furor atraviesa el corazón de todos los mercaderes que piensan con hermosas palabras en el desastre si le hubieran vaciado el cajón.

En tanto el ratero corre, ve que lo van a trincar; suelta la cartera para desarmar a sus perseguidores. Pero una parte se precipita sobre la presa, mientras que los otros, enceguecidos, sudados bajo el sol, la boca seca, las manos crispadas, corren y corren pensando que es una lástima no poder descargar el revólver sobre el fugitivo, porque entonces la fiesta sería completa.

Los transeúntes, a lo lejos, tratan de interponerse al paso del fugitivo. Este estira el brazo como si esgrimiera un revólver y la gente se aparta temerosa. De pronto, de una mala puerta, un cepillo o una escoba tirada a los pies del ladrón se enreda a sus piernas, el hombre da un salto en el aire y cae, y sobre él los perseguidores.

Final

Todo el mundo descarga puñetazos y patadas en el cuerpo del ladrón. Llegan los vigilantes: bajan del caballo. A manera de prólogo añaden unos sopapos a la cara del preso y luego, con esa satisfacción del cazador que ha hecho un tiro difícil, le colocan las cadenas, retorciendo la manilla de tal manera que de pronto los eslabones se hunden en las muñecas del preso, haciéndolo respingar como bajo una mordedura.

Un coro de vagos, ladrones también de ocasión, chicos curiosos, testigos y aburridos, sigue al cortejo salvaje por las calles hasta la comisaría.

El ladrón, en medio de sus cazadores, no dice una palabra. Camina, sabe que en la comisaría le espera otra lluvia de palos y patadas. El sol da en su cara roja y amoratada, y los chicos, hartos al final de caminar, se desbandan y se desbandan para jugar a “Vigilantes y ladrones”. Y todos se pelean entre sí, porque nadie quiere ser el vigilante, sino el ladrón.

Prólogo a Los lanzallamas

Palabras del autor (1931)

ROBERTO ARLT

Con *Los lanzallamas* finaliza la novela de *Los siete locos*.

Estoy contento de haber tenido la voluntad de trabajar, en condiciones bastante desfavorables, para dar fin a una obra que exigía soledad y recogimiento. Escribí siempre en redacciones estrepitosas, acosado por la obligación de la columna cotidiana.

Digo esto para estimular a los principiantes en la vocación, a quienes siempre les interesa el procedimiento técnico del novelista. Cuando se tiene algo que decir, se escribe en cualquier parte. Sobre una bobina de papel o en un cuarto infernal. Dios o el Diablo están junto a uno dictándole inefables palabras.

Orgullosamente afirmo que escribir, para mí, constituye un lujo. No dispongo, como otros escritores, de rentas, tiempo o sedantes empleos nacionales. Ganarse la vida escribiendo es penoso y rudo. Máxime si cuando se trabaja se piensa que existe gente a quien la preocupación de buscarse distracciones les produce *surmenage*.

Pasando a otra cosa: se dice de mí que escribo mal. Es posible. De cualquier manera, no tendría dificultad en citar a numerosa gente que escribe bien y a quienes únicamente leen correctos miembros de su familia.

Para hacer estilo son necesarias comodidades, rentas, vida holgada. Pero por lo general, la gente que disfruta de tales beneficios se evita siempre la molestia de la literatura. O la encara como un excelente procedimiento para singularizarse en los salones de sociedad.

Me atrae ardientemente la belleza. ¡Cuántas veces he deseado trabajar una novela, que como las de Flaubert, se compusiera de panorámicos lienzos...! Mas hoy, entre los ruidos de un edificio social que se desmorona inevitablemente, no es posible pensar en bordados. El estilo requiere tiempo, y si yo escuchara los consejos de mis camaradas, me ocurriría lo que les sucede a algunos de ellos: escribiría un libro cada diez años, para tomarme después unas vacaciones de diez años por haber tardado diez años en escribir cien razonables páginas discretas.

Variando, otras personas se escandalizan de la brutalidad con que expreso ciertas situaciones perfectamente naturales a las relaciones entre ambos sexos. Después, estas mismas columnas de la sociedad me han hablado de James Joyce, poniendo los ojos en blanco. Ello provenía del deleite espiritual que les ocasionaba cierto personaje de Ulises, un señor que se desayuna más o menos aromáticamente aspirando con la nariz, en un inodoro, el hedor de los excrementos que ha defecado un minuto antes.

Pero James Joyce es inglés. James Joyce no ha sido traducido al castellano, y es de buen gusto llenarse la boca hablando de él. El día que James Joyce esté al alcance de todos los bolsillos, las columnas de la sociedad se inventarán un nuevo ídolo a quien no leerán sino media docena de iniciados.

En realidad, uno no sabe qué pensar de la gente. Si son idiotas en serio, o si se toman a pecho la burda comedia que representan en todas las horas de sus días y sus noches.

De cualquier manera, como primera providencia he resuelto no enviar ninguna obra mía a la sección de crítica literaria de los periódicos. ¿Con qué objeto? Para que un señor enfático entre el estorbo de dos llamadas telefónicas escriba para satisfacción de las personas honorables:

"El señor Roberto Arlt persiste aferrado a un realismo de pésimo gusto, etc., etc."

No, no y no.

Han pasado esos tiempos. El futuro es nuestro, por prepotencia de trabajo. Crearemos nuestra literatura, no conversando continuamente de literatura, sino escribiendo en orgullosa soledad libros que encierran la violencia de un "cross" a la mandíbula. Sí, un libro tras otro, y "que los eunucos bufen".

El porvenir es triunfalmente nuestro.

Nos lo hemos ganado con sudor de tinta y rechinar de dientes, frente a la "Underwood", que golpeamos con manos fatigadas, hora tras hora, hora tras hora. A veces se le caía a uno la cabeza de fatiga, pero.... Mientras escribo estas líneas pienso en mi próxima novela. Se titulará *El Amor brujo* y aparecerá en agosto del año 1932. Y que el futuro diga.

Roberto Arlt